

ROBERTO DE LAS CARRERAS, POETA

RICARDO GOLDARACENA

PROEMIO DORA ISELLA RUSSELL



EX-LIBRIS

**ROBERTO
DE LAS
CARRERAS,
POETA**

**Ricardo
Goldaracena**

U
30
~

**ROBERTO
DE LAS
CARRERAS,
POETA**

Proemio: **Dora Isella Russell**

EDICIONES
DEL
EX - LIBRIS
1979

ROBERTO
DE LAS
CARRERAS,
POETA

PROEMIO

Sean estas palabras iniciales, para la noble memoria de Raúl de las Carreras, verdadero *gentilhombre* desubicado en la época en que le tocó nacer y morir.

D. I. R.

¿Qué podría añadir al inteligente estudio que Ricardo Golaracena dedica a la obra de Roberto de las Carreras, parcialmente escuchado como conferencia en el Museo Juan Zorrilla de San Martín, cuya tribuna le ofrecí para evocar al poeta elegante y controvertido de nuestro novecientos, en torno del cual lazos comunes nos emparentan, y que ahora, al publicarlo en su íntegra versión, cobra la dimensión plena y definitiva del ensayo, sin duda el primero que aborda lo estrictamente literario del quehacer del famoso escritor?

Nuestro Parnaso posee una nómina ilustre de grandes olvidados, de grandes silenciados. Como viva paradoja que fue, Roberto no pertenece a la categoría de los silenciados ni de los olvidados. Tampoco a la de los desconocidos.

Pero, ¿quién le conoce, y cómo se le conoce? No puede por cierto hablarse de un *desconocido* Roberto de las Carreras, cuando lo fue y es más allá de las fronteras de su verdadero ser, figura llamativa en el centro mismo del multifacético núcleo de los escritores novecentistas uruguayos. No se puede hablar de un *olvidado* Roberto de las Carreras, pues bien que se han preocupado generacio-

© EDICIONES DEL EX-LIBRIS
Durazno 1161 - Montevideo - Uruguay

Queda hecho el depósito que marca la ley.
Impreso en el Uruguay - Printed in Uruguay.

nes posteriores de citarle, utilizarle y hasta explotarle comercialmente en lo más episódico y exterior de su biografía. No. Ni desconocido ni olvidado. Dijérase más ajustadamente, el *mal conocido* Roberto de las Carreras. Porque aquellas facetas anecdóticas, cultivadas las más de las veces con la soberbia deliberada y egolátrica del señorito arrogante, a disgusto en la medianía aldeana del Montevideo finisecular, escamotearon con sus desplantes, al otro. El árbol ocultó el bosque. Reflexionando, mal conocido también puede significar desconocido. Tampoco debería decir al "otro" o al "verdadero". Que en la convergencia de sensibilidades que fraguaron su temperamento, asaeteado de adulaciones y de acíbares, la personalidad dramática y atormentada, plural y desdoblada de sí misma, fue toda ella, una y verdadera.

Si la retadora, desafiante altanería del hombre urdió en torno de sus actos una atmósfera impar que imantó a sus contemporáneos, deslumbrándolos y el brillo cegador fue transmitiéndose superficialmente a través del más extravagante anecdotario de las letras rioplatenses, ésa fue la valla, el no traspuesto umbral, con el "detente" de una frase que acuñó en algún momento algún crítico al afirmar que era más interesante la vida de Roberto que su obra. Eso, por comodidad o ignorancia, bastó y alcanzó, para que se repitiera y frenara cualquier inquietud de ir más lejos. Fue fácil que darse en ello, sin ahondar más allá.

Y he aquí que Ricardo Goldaracena, como en aquellas alegorías de los laberintos medievales, se aventura sin escuchar ajenas consejas, en lides que declara no ser las suyas, y sin embargo, guiado por

su segura disciplina de historiador y crítico, atiende el aspecto fundamental de un creador: su creación, precisamente; la indagación acerca de la obra de quien fue todo un escritor, con sus méritos y sus caídas, pero también sus primicias de precursor, entre dos siglos. Por algo en la Torre de los Panoramas se le llamaba "el Maestro". Vale la pena recordar que el encandilamiento de sus contertulios con el Simbolismo, irradió en forma decisiva de aquel Samain que Roberto trajo en sus maletas, al regreso de Europa.

Eso le deberemos siempre a Ricardo Goldaracena: esta reubicación intelectual del "Caballero de las Carreras", como él le llama. Y al "Caballero Goldaracena", los lectores del Uruguay por un lado, y muy especialmente, por otro, quienes llevamos en la sangre el ascendiente de los García de Zúñiga y Alzaga, le acercaremos siempre nuestro reconocimiento.

Más allá del detonante interés, superficial y fácil para especulaciones extraliterarias, que Roberto de las Carreras despierta en la posteridad —del mismo modo que en su esplendorosa juventud engendraba ingenuos pavores a su paso de anárquico luzbel— hay un ser humano de selecta alcurnia espiritual, exhibido, desnudado, llevado y traído por la curiosidad aviesa y la malsana irreverencia de quienes buscaron empinarse por medio suyo, en la celebridad, vulnerando sagrados recintos, violando intimidades y respeto.

Recordamos con dulzura al hermoso viejecito que rodeado de sombras, se erguía luminoso, siempre un contrasentido, en los años finales, sumergido

en la ilusión de otro viaje que no llegó nunca y a la espera de una despedida que no vio al partir.

A ese escritor, a ese hombre, a ese mal conocido y desconocido Roberto de las Carreras, hace justicia Ricardo Goldaracena.

DORA ISELLA RUSSELL.

Montevideo, julio de 1979.

El texto que aquí se publica es el de la conferencia que pronuncié el 31 de julio de 1978 en el Museo Juan Zorrilla de San Martín, en ocasión de memorarse el 70º aniversario de la publicación de *La Visión del Arcángel*, de Roberto de las Carreras.

Extenso para una disertación, en aquella oportunidad hube de prescindir de no menos de una docena de sus páginas. Si ahora lo publico íntegro es porque me consta que la paciencia del lector tiene mayores recursos que la del oyente de una conferencia.

Al transcribirlo para la versión impresa, sólo lo he dividido en capítulos y le he agregado una cronología bibliográfica y una bibliografía, absteniéndome de introducirle retoques que alteraran lo que este texto inicialmente fue: una conferencia en la que simplemente me propuse invitar a la lectura de la obra literaria de Roberto de las Carreras, generalmente desconocida por el público no especializado.

R. G.

ROBERTO DE LAS CARRERAS, POETA

"Lord Byron,

A tu cima de estrellas desvanecidas, al Elíseo de tu sombra inefable y magna, al caudal de tus ojos irredentos en que Prometeo se admira, a la sangre de Dyonisos de tu corazón...

¡El Poeta, columbrándote en las olas de tu dolor estruendoso, desde el ala del Arcángel!..."

Así, con esta dedicatoria tan estruendosa como el mismísimo dolor de Lord Byron, tan incitante como el mensaje apocalíptico que parece proponer para el texto que le subsigue, comenzaba Roberto de las Carreras *La Visión del Arcángel*, libro publicado en Montevideo hace ahora setenta años, en 1908, libro lamentablemente desconocido por el público no especializado, tan desconocido, acaso, como el propio Roberto de las Carreras.

Me resulta inmensamente reconfortante que la señorita Directora de este Museo, Profesora Dora Isella Russell, y las autoridades del Ministerio de Educación y Cultura, de quienes esta Casa depende, nos hayan citado en la tarde de hoy aquí, en la histórica morada solariega de don Juan Zorrilla de San Martín, para recordar este aniversario número setenta de *La Visión del Arcángel* y para que Roberto de las Carreras sea evocado en el marco digno y en la forma adecuada en que debe memorarse una figura del pasado literario del país.

Y creo que situándonos en el ala del Arcángel, desde donde el poeta columbraba, en la bellísima dedicatoria recién leída, el dolor de Byron, estaremos en el mejor punto de partida para el camino que propondré a este auditorio recorrer en la tarde de hoy, un camino que nos llevará a descubrir y rescatar al tantas veces nombrado Roberto de las Carreras, tantas veces nombrado, y divulgado, sin embargo, en forma tan parcial y fragmentaria.

EL CABALLERO DE LAS CARRERAS

Tal vez resulte para ustedes sorprendente esta propuesta que hago: ir en busca del Roberto de las Carreras desconocido. Tal vez esperaban ustedes que yo les recreara el Montevideo literario del 900: Delmira, María Eugenia, Rodó, Florencio Sánchez, Herrera y Reissig, la Torre de los Panoramas, el Consistorio del Gay Saber. De pronto, querían ustedes que yo les guiara en un paseo por 25 de Mayo, la vieja y elegante calle del Portón de San Pedro, la calle de las tradiciones patricias del Montevideo aristocrático del siglo XIX, y que en la Confitería del Telégrafo o en la Librería de Barreiro provocara un encuentro ficticio con Roberto de las Carreras. O, acaso, ustedes querían que ese encuentro ficticio se provocara en el Café Moka, ubicado, de acuerdo a testimonios recogidos por Dorá Isella Russell, en Bartolomé Mitre y Policía Vieja, donde según la tradición se reunía la tertulia literaria carreriana. O, de repente, esperaban ustedes visitar conmigo la Torre de los Panoramas, ese archicélebre mirador que la sinrazón de los estetas del 900 transformó en el Parnaso de esta modesta capital. No sé lo que ustedes esperaban...

Acaso estaban esperando ustedes que yo les contara la leyenda del Caballero de las Carreras, ese Caballero que se lanzó al mundo, impecablemente

trajeado de chaqué para agredir a cuanto ventero se le cruzara en el camino, que tuvo su Dulcinea llamada Lina Cavalieri, que se valió de distintos Sanchos, secretarios que escribían a su dictado, y que creyó que el mayor entuerto que había que desfacer en este mundo era la moral hipócrita de sus congéneres. Es gloriosa la leyenda del Caballero, Tenorio criollo, paladín de la revolución sensual, esteta y esgrimista, titular de un apreciable caudal de bienes cuya mente jamás fue prostituida por una sola idea de carácter mercantil. Es curiosa esa leyenda: se dice que el Caballero de las Carreras era joven, rico, buen mozo y talentoso, que era algo así como el-yerno que cualquiera hubiese deseado tener, pero que él se negó a ser el yerno de nadie y prefirió ser el demonio nacional. Es abundante la leyenda, y parece haberse nutrido con ávida glotonería. No hubo quien no colaborara con su granito de arena para enriquecerla un poco más: Zum Felde, Domingo Arena, Samuel Blixen, Mendilaharsu, Picón Olaondo, Barboza, Verdecana, Josefina Lerena, Fulano, Mengano, todo el mundo... Cada uno tenía su anécdota, y por lo general más de una. Podríamos pasarnos toda la noche contando "los cuentos del Caballero de las Carreras". Y mucho me temo que al final nos sucedería lo mismo que en aquella célebre película japonesa llamada *Rashomon*: los testimonios resultarían distintos, encontrados. Pero no creo que sea del caso ahondar en las contradicciones de los testigos, ni someterlos a un careo, ni a ningún otro ruín método jurisprudencial de exhumación de las contradicciones testimoniales. La leyenda es leyenda, y debe quedar ahí donde está, intocada.

Pero pienso que a esta altura se estarán ustedes

preguntando: si no vamos a visitar la Torre de los Panoramas, si no vamos a visitar el café de los literatos, si no vamos a recorrer la calle 25 de Mayo, y si además vamos a prescindir de la leyenda carreriana, ¿qué hemos venido a hacer aquí? Y yo, a mi vez, les pregunto: ¿No era el Caballero de las Carreras un escritor? ¿No era un poeta, según consigna su ficha biográfica en todos los diccionarios? Pues bien, hemos venido aquí a buscar al verdadero Roberto de las Carreras, al escritor.

Por eso es muy oportuno que nos hayamos reunido hoy para memorar los setenta años de la publicación de *La Visión del Arcángel*, ese libro olvidado, escondido, porque tirando de ese hilo empezarán a surgir las demás producciones olvidadas, escondidas. Y cuando surjan todas, habrá surgido el escritor.

Comprendo que hay una dificultad para acercarse a Roberto de las Carreras. De alguna manera, de las Carreras nos ha sido sustraído, nos ha sido ocultado. Quiero decir: le ha sido ocultado al lector corriente, al no especializado, por la turgencia descomunal de esa leyenda, de ese mito suculento que ha terminado tapando no sólo su verdadera biografía —que tal vez sería lo de menos— sino también su obra literaria —que éste sí es el hecho más grave—. Y pienso también que la leyenda debe tener sus bien armados guardianes. No quería dejar de advertir a ustedes sobre la existencia de esta dificultad, porque se me ocurre que puede sucedernos lo mismo que a Unamuno cuando quiso rescatar el sepulcro de Don Quijote. Tal vez, cuando lleguemos al sepulcro del Caballero de las Carreras encontraremos allí, custodiándolo, a los guardianes de la leyenda. Y no dudo que nos ha-

rán mil y un argumentos para convencernos de que el Caballero les pertenece y que no tenemos derecho a resucitar al escritor.

Nosotros les diremos humildemente que sólo queremos leer las obras completas de Roberto de las Carreras. Nos responderán que no, que las obras completas de todos los autores son siempre incompletas, porque nunca tarda en descubrirse algo nuevo. Les diremos que queremos simplemente empezar por leer sus versos alejandrinos. Reiterarán el no. ¿Recitar alejandrinos a esta altura del siglo XX? Me parece estar oyendo el argumento que nos harán: los alejandrinos están pasados de moda. Entonces les vamos a preguntar por la poesía sensual del Caballero de las Carreras. Ahí mostrarán un cierto alivio, un aire de condescendencia, pero nos ametrallarán previamente con sus eruditas advertencias: que es excesivamente recargada, que estos poetas se sentían hierofantes, que se excedían en el uso de los adjetivos, pero al fin cederán y nos entregarán el *Psalmó a Venus Cavalieri* diciendo: recítenlo a coro y después váyanse tranquilos para sus casas.

Claro que nosotros, que somos muy impertinentes y ya leímos ese *Psalmó*, seguiremos insistiendo frente a los guardianes de la leyenda. ¿Y el amor libre? Con toda seguridad volverán a mostrarse condescendientes y nos entregarán algún texto. Pero pondrán cara muy circunspecta para advertirnos que ese tema debe manejarse con suma cautela para no ofender a los altos poderes de la tierra. Nos dirán, por ejemplo, que el Papa puede sentirse muy molesto. De manera que a leer estas páginas poniendo una franja verde en cada una, y mucho cuidado con entenderlas de otro modo

que no sea como un simple y pintoresco desvarío erótico-literario. Nosotros, que a esta altura ya hemos descubierto la táctica de los guardianes de la leyenda y que en ningún momento hemos renunciado a leer los textos de Roberto de las Carreras, insistiremos con nuestro interrogatorio: ¿Y la obra espiritual, intimista, por ejemplo: *En Onda Azul*, el *Suspiro a una Palmera*; o la especulativa, metafísica, como *La Visión del Arcángel* o *El Cáliz*? Se pondrán furiosos. Una biografía tan interesante, una leyenda tan esplendorosa, no necesitan ningún elemento más. Déjense de majaderías —tronarán por fin— y retírense de aquí.

Seremos probablemente expulsados del cementerio sin que se haya comprendido nuestro propósito. Porque nuestro propósito no es el de destruir la leyenda. La leyenda es muy hermosa, y las cosas hermosas no deben ser destruidas. La dejó fijada hace ya unos cuantos años, en páginas magistrales, don Alberto Zum Felde, y desde entonces hasta el día de hoy ha ido rodando de autor en autor, de comentario en comentario, de prólogo en prólogo, acrecentada día a día con una anécdota más, con una historia más. Pero ocurre que ya es tiempo de dar un paso adelante, y ese paso adelante no puede ser otro que el rescate de la obra escrita. Si es tan hermosa la leyenda, si son tan interesantes las anécdotas, completemos todo eso con la lectura de lo que el poeta escribió, para hacer los ineludibles deslindes. Un escritor no puede ser valorado sólo a través de un anecdotario, ni es saludable que la cultura de un pueblo se dé por satisfecha nutriéndose de leyendas.

En los últimos cuarenta años de las Carreras sólo ha sido divulgado a los lectores no especializados,

a través de antologías. Demás está aclarar que me merecen un inmenso respeto esas selecciones: la de Fernández Ríos (1944), la de Angel Rama (1967) —precedida de una tesis brillante—, y la de Arturo Sergio Visca (1971), donde hay también muy interesante material de información, como lo hay en diferentes artículos y estudios dispersos en la prensa y en revistas de literatura. Pero ninguno de estos trabajos nos muestra al escritor completo, al que el lector corriente tiene derecho a conocer para hacer por su cuenta los deslindes correspondientes. Las antologías no son otra cosa que selecciones, y ninguna de las que acabo de señalar abarca un espectro lo suficientemente amplio como para resultar auténticamente demostrativa de todas y cada una de las zonas de la producción carreriana.

Por eso he aceptado con todo gusto la invitación que me hiciera la señorita Directora del Museo, para ocupar esta tribuna en la tarde de hoy. Porque quiero pedir a este auditorio que ha resuelto honrarme con su presencia, que me acompañe en la difícil empresa de resucitar al escritor que existió —y no tiene por qué dejar de existir— donde la leyenda sólo ha querido ver un personaje fabuloso. Hablo pues, de la resurrección del escritor, y no me refiero a otra cosa que a un recuento de su obra publicada. Y no se asusten ustedes: no es demasiado extensa esa obra. De las Carreras no fue un autor laborioso, tal como lo confiesa en sus versos juveniles, cuando dice:

*“Mas yo, lleno de sueños y lirismo,
Soy un holgazán... siempre lo fui.”*

Y es verdad: no es posible calificar de muy vo-

luminoso lo que dejó publicado. Por otra parte, esta producción quedó trunca, porque, como es sabido, deja de editar a causa del mal que le aqueja a partir de la segunda década de este siglo. Mientras Julio Herrera y Reissig, su alumno, pudo cumplir un ciclo redondo y genial, de las Carreras, el maestro, quedó sin poder concluir su camino, y su obra, que tiene una iniciación gloriosa y va cumpliendo un ciclo evolutivo brillante, queda cortada en el momento en que prometía volver renovado, en otra vertiente expresiva, en próximos libros que, como se sabe, no pudieron existir nunca.

Pero lo que hay, allí está. Y su rescate se vuelve ineludible por amor y por respeto a la verdad histórica. Para cumplir con la memoria del Caballero de las Carreras. Para que él mismo pueda repetir, ufano, el lema heráldico de su linaje: “De las carreras volví victorioso con mi adarga”, la orgullosa frase que le venía inscrita de tiempo inmemorial en la bordura del escudo familiar. Pienso que a de las Carreras le sucedió como a Zorrilla de San Martín: el abolengo hispano le legó una divisa heráldica que imponía particulares obligaciones. A uno se le impuso velar la vida de tal suerte que viva quedara en la muerte. Al otro, volver victorioso con su adarga.

Vayamos pues al rescate del escritor y de su obra publicada. Y que no teman los guardianes de la leyenda. Simplemente ocurre que la leyenda no le sirve ni le alcanza por sí sola al Caballero de las Carreras para volver cumplidamente victorioso con su adarga.

EN EL PRINCIPIO FUE LA POESIA

Y empecemos por el principio. Así como en el principio de todas las cosas fue el Verbo y el Verbo estaba en Dios, según revela el Evangelio de Juan, en el principio de Roberto de las Carreras fue la poesía, y la poesía estaba en un pequeño libro llamado precisamente *Poesía* que publicó en 1892 con el seudónimo de Jorge Kostai. Extraño nombre, éste de Kostai. Ignoro lo que significa. Suena a bohemio o húngaro, y en verdad no sé por qué lo adoptó como seudónimo.

Muy poco menos de doscientas páginas tiene este libro, "collage" de influencias románticas con el cual el adolescente de las Carreras se estrena como autor a la edad de diecisiete años. Apenas dos docenas de poemas le bastan para presentar públicamente el claro signo de una opción y una vocación:

*"Como César, lloroso,
Ante algún genio de la edad pasada
Con angustia he gritado: ¡Aún no he hecho nada!
¡Nada! pigmeo débil y ambicioso!"*

Sin embargo, hélo aquí haciendo sus primeras armas literarias con un tomito de textos desparejos que oscila entre lo primoroso y lo mediocre y contiene, obviamente, no menos de dos o tres años de producción:

*"Ven, y al placer las almas entreguemos
Mientras sonríe nuestro abril lozano,
Ven a mis brazos, ven, nos amaremos...
El más allá tan sólo es nombre vano.*

*Ven, que cuando huya la ilusión que hoy vemos,
Y ya tengamos el cabello cano,
Separados, tal vez, suspiraremos
¡Ay! recordando nuestro amor lejano*

*Ven, sí, mi dulce bien, ven a mis brazos,
Y que duren al menos nuestros lazos,
Mientras arda la sangre en nuestras venas.*

*Ven... tiempo sobraré de ser virtuosos
Cuando estemos sin fuerzas, achacosos,
Doblados por los años y las penas."*

No debía tener más de quince años el muchacho que escribía este soneto ingenuo y delicioso, dejando ya entrever un hábil dominio de la métrica. Ni debía tener más de dieciséis, cuando hajo el signo de algún sinsabor del azaroso oficio de amar, oprimido por la melancolía, se veía obligado a producir este otro poemita de sólo ocho versos:

*"He mirado en las hojas temblorosas
Las brisas aspirar
Las brilladoras gotas de rocío,
Sedientas al pasar.*

*Y he sentido mis lágrimas ardiendo,
Por las mejillas huír...
¡Oh! ¿Dónde hallar la brisa que las seque.
Y calme mi sufrir?"*

"A mi amigo C. V. F." está dedicado este primer poemario de Roberto de las Carreras. No es difí-

cil descubrir a quién corresponden las iniciales. En 1888, según testimonio de Carlos Vaz Ferreira —el indudable C.V.F. de la dedicatoria—, había ingresado con él a la Universidad una tanda de jóvenes, entre los que el insigne maestro de la filosofía uruguaya solía recordar a Luis Alberto de Herrera, Horacio García Lagos, Roberto de las Carreras, Federico Fleurquin y Juan Andrés Ramírez. Con quince años ya cumplidos, próximos a cumplir los dieciséis en el correr del año, Fleurquin y Vaz Ferreira eran los mayores del grupo. Catorce años tenían Herrera y García Lagos. Los menores —trece años— eran Roberto de las Carreras y Juan Andrés Ramírez.

Con ellos empieza el adolescente de las Carreras a leer, a descubrir y a discutir ideas, con ellos empieza a beber en las fuentes del romanticismo. Tal vez de un romanticismo ya trasnochado, distorsionado por las influencias parnasianas y simbolistas, y muy probablemente llegó a estas plazas en versiones de segunda mano. No sé qué había leído hasta entonces, pero las influencias saltan a la vista en este libro matinal.

En *El Canto del Cisne* no es difícil adivinar cómo se ha ido tejiendo esa trama de armonías, hadas, lagos y cisnes que hallarán en Rubén Darío —*Azul* es cuatro años anterior y *Prosas Profanas* cuatro años posterior al libro de Kostai— su más deslumbrante cultor en América. Tampoco será difícil hallar la procedencia del tono de denuncia que el poeta vierte en *Vejez* —uno de los poemas mejor logrados del libro—, *¡Levántate!* o *Noche de Embriaguez*, donde las imágenes de las ramerías operan como símbolos de la injusticia social, y sirven a la vez para crear una atmósfera profunda-

mente mórbida y sensual. Como tampoco será difícil establecer el origen de los elementos macabros de *Los Últimos Besos*. Si se tiene en cuenta que Lord Byron usaba una calavera como copa para beber, y que Shelley solía frecuentar los cementerios para inspirarse, no costará mucho entender estos versos de marcado acento necrófilo, en los que no faltan logros realmente afortunados para un autor tan joven:

“Allá en la noche tenebrosa

Su cantar agorero

Lanza un ave, y al borde de una fosa

Canta el sepulturero...

Canta, canta, guardián de los cadáveres:

Esta muerte no es tuya.

Yo vengo a arrebatársela de la nada

Para estrechar mi boca con la suya.”

En este “collage” de influencias que estamos analizando, hay una que merece especial atención: “*Fue el positivismo filosófico —en su versión spenceriana— el ingrediente de más volumen de ese ambiente intelectual de fin de siglo*”, anotaba Carlos Real de Azúa. No sabemos con precisión, reitero, qué había leído de las Carreras hasta el momento de publicar el poemario de Kostai. Pero si algo queda patente en este libro es su afiliación a una corriente de acción y pensamiento de marcada combatividad anticlerical (“*En vez de templos, hoy, levántense talleres*”), propia de una época en que la “*intelligentsia*” vernácula, o por lo menos, la mayoría de ésta, identificó a la Iglesia con el retroceso y el oscurantismo (“*No pueden ya existir las torpes resistencias / Que al adelanto*

opone el viejo fanatismo”), y reivindicó candorosamente el culto de un Dios bueno sin frailes ni confesionarios (“*La sociedad conoce el vicio, el adulterio / Mas no conoce un Dios de paz y de perdón*”).

¶No es ésta, claro está, una declaración individual de guerra del estudiante de las Carreras a la Iglesia. Es toda una generación de intelectuales la que está empeñada en esa guerra al finalizar el siglo XIX. Y al tiempo de publicarse este libro —1892— es ya la generación victoriosa que ha obtenido en 1885 la ley de conventos, que prohíbe la fundación de nuevos monasterios, y la de matrimonio civil obligatorio, y que ya tiene orquestada la campaña para nuevas conquistas que vendrán con el siglo XX —ley de divorcio, prohibición de uso de emblemas religiosos en lugares públicos y, finalmente, separación de la Iglesia y el Estado en la Constitución del 18. Sólo teniendo en cuenta este contexto histórico es posible comprender estos versos que en su momento debieron sonar a blasfemia y hoy nos hacen sonreír por la puerilidad en que está enmarcado el ardor de la protesta que, bien leída, se verá que está encauzada a atacar a la institución Iglesia. Pero no a Dios. En este punto quiero detenerme, porque quien lea cuidadosamente el poema *Al Culto* descubrirá que de las Carreras, lejos de afiliarse al ateísmo, se presenta claramente deísta:

*“Id a adorar a Dios donde hay aves que vuelan,
Donde hay un cielo azul para azular los días,
Cantos para cantar los sueños que se anhelan
Y cadencias sin fin, aromas, alegrías.*

*Entre rayos de sol, espléndidos, dorados,
Al Dios de gloria y paz alzad vuestros cantares,
Y venid a oficiar, serenos, inspirados,
Teniendo por altar los montes y los mares”.*

Esta idea de sustraer a Dios de la penumbra de los templos para adorarlo junto a la luminosidad de la naturaleza, no es, por supuesto, original de Roberto de las Carreras, y es posible rastrear sin dificultad su raigambre en la historia de las ideas religiosas y filosóficas de Occidente. Esta generación finisecular sabía que, a diferencia del oscuro interior de las catedrales góticas, donde se celebraban los oficios, el interior del Partenón, por ejemplo, sólo era utilizado en la antigüedad para almacenar las ofrendas a Atenea, en tanto que el culto se celebraba afuera, a la luz del sol, en la diáfana atmósfera del Mediterráneo. Hago esta observación porque —al margen de la explosión anticlerical— creo que es necesario prestar atención al influjo que está teniendo ya sobre este joven poeta estudiante la lectura de los autores clásicos antiguos con los que está empezando a familiarizarse —y de los que no se desprenderá más por el resto de sus días lúcidos, en los que se mostrará siempre un ferviente admirador del modelo griego. Ya en Platón existía la idea de un Dios bueno, el Demiurgo, artesano que modela la materia y las ideas, supremo principio que en *La República* se llama el Bien. La noción de Dios volverá a aparecer —aunque ya despojada de toda connotación de militancia anticlerical— en otra zona hasta ahora también inexplorada de la producción carreriana. La veremos al examinar *La Visión del Arcángel*.

No faltan en el libro de Kostai los componentes eróticos, a los que permanecerá fiel la literatura carreriana a través de todos sus períodos. Pero aquí es un erotismo que recién se despierta, aunque ya está pidiendo a gritos, clamando encarecidamente su cesación del general prejuicio que lo entiende pecaminoso:

*"Imágenes de amor entre la sombra veo
Y siento despertar la fiera del deseo,
La fiera sensual, la fiera aletargada,
Que sacude el sopor de la embriaguez pasada
Para rugir de nuevo, hambrienta de hermosura,
Como un tigre rabioso oculto en la espesura."*

E igualmente en *Sed*:

*"Yo tengo sed demente
De locos embelesos,
De abrazos y de besos
Yo quiero el frenesí.
Ardiente como lava
Sentir quiero caricias,
Y en medio a cien delicias
Gozar hasta morir!"*

Ni está tampoco ausente de este libro un cierto escepticismo, en el que no faltará quien encuentre algún parentesco con las corrientes nihilistas:

*"Primero una mirada,
Un ósculo después. Se estrecha el lazo:
Viene después del ósculo un abrazo,
Y después el placer, y luego... ¡nada!"*

Y de la misma manera, en este otro soneto salpicado de elegante ironía:

*"Lo que es fugaz y muere causa llanto.
Lo que es eterno un infinito hastío.
De la carga sentimos el quebranto,
De lo que huye sentimos el vacío."*

*De tanto enigma y de misterio tanto
Es preciso reír y yo me río...
Y riendo siempre entonaré mi canto,
Aunque dentro del alma sienta frío."*

*Nostálgico de dicha en mi lamento
Yo te llamé ¡oh amor! fui tu mendigo,
Mas, ¡qué tedio el de un mismo sentimiento!*

*Gozar y padecer quise contigo,
Y hoy que enroscado al corazón te siento
¡Oh idolatrado amor! ¡Yo te maldigo!"*

Con esta amalgama poética publicada en 1892, en la que ya se insinúan con toda nitidez valores estéticos y líneas de pensamiento que permanecerán constantes en el resto de su obra, se inicia de las Carreras como poeta. Habíamos señalado recién, siguiendo a Real de Azúa, la influencia del positivismo en esta generación novecentista. Pero pecaríamos de cortos si no pusiéramos de manifiesto el hecho de que el pensamiento del siglo XIX osciló permanentemente entre el idealismo y el positivismo. De aquél surgió un humanismo arrogante, de éste un materialismo que alcanzó versiones esclavizantes; en el primero germinó el romanticismo, en el segundo el realismo. De estas dos corrientes opuestas, pero en permanente interacción, y de las que por reacción nacieron a su hora, en el campo de la poesía, el parnasianismo y el simbolismo, se están nutriendo estos epigonos

uruguayos de la cultura europea que no tardarán en desembocar en el descubrimiento del modernismo —del que de las Carreras es aquí el pionero—, esa sensibilidad estética finisecular, tan a la francesa, que vino a conjugar los hallazgos del perfeccionismo parnasiano de raíz baudelaireana con los deslumbramientos de la corriente simbolista influida por Verlaine y Mallarmé.

Pero el modernismo como opción estética —y esto no debe perderse de vista—, más allá del ejercicio literario formalmente ecléctico, supone la sinrazón de una entrega total al arte en términos verdaderamente punitivos. El modernismo obliga al artista que ha optado por él a sentirse un ser abstruso, un extravagante apetente de exóticas sensaciones, e implica también, el caso de de las Carreras es patente y patético, asumir el arte como una carga que se debe llevar sobre los hombros hasta quedar aniquilado, como una pena que hay que expiar hasta la propia destrucción. El arte no es un objeto del que el artista se vale para expresarse. Es su propio destino. Creo que es a partir de esta propuesta, que bien puede resultar escalofriante, más que a partir de las explicaciones psicológicas edípicas —la historia de su madre, doña Clara García de Zúñiga— ensayadas por algunos comentaristas, que será posible comprender cómo y hasta qué grado Roberto de las Carreras asume su propio destino y lo vuelve producción literaria, o engendra una producción literaria que se empeña en identificar con su destino.

Entiendo que únicamente enderezando por este camino podremos llegar a acercarnos a *La Visión del Arcángel*, hito dramático del destino de un poeta que, en un momento crucial y de quiebra,

cae de rodillas exclamando: “¡Ella ha hecho traición!”. La impasible respuesta del Arcángel: “¡Era necesario que así fuera para la gloria del Arte!” redondea en una frase todo lo que acabo de explicar. Esto ocurría en 1908, cuando de las Carreras resolvía volverse un asceta vegetariano. Apenas un lustro más y la aparición de los primeros síntomas de la locura operará el cierre definitivo del circuito. La entrega al arte funcionará —caso único en las letras nacionales— como un expiatorio procedimiento de autodestrucción.

Pero con estas observaciones nos estamos alejando de la obra y de la época que analizábamos. Volvamos a los años noventas y examinemos el segundo libro que publicó Roberto de las Carreras.

EL INTRODUTOR DEL MODERNISMO

Tenía diecinueve años y no había aún viajado de las Carreras a París, cuando publica *Al Lector*, cronológicamente su segundo libro. Hasta entonces, su romanticismo se había nutrido en Byron y Musset. Así lo confiesa en estas páginas:

*"No trato de negar que antes yo me encontraba
Entre los que han formado en el Romanticismo
Y por tanto gustaba
De cantar al azul, a la noche, al abismo...
Del cielo iba a la tierra, y de la tierra al cielo,
Aunque esto no es en mí, por cierto, sorprendente,
Pues tengo la locura en las alas y vuelo
Desatinadamente."*

Un subjetivismo profundamente escéptico campea en las páginas de este libro que el autor pretende hacer operar como elemento de choque, como agente de agresión frente a los pacíficos y desprevenidos lectores montevideanos del año 1894. Angel Rama observaba con acierto que se está moviendo dentro de las coordenadas de una estética que aquí todavía no se sabe que se llama modernista. Y efectivamente, a Roberto de las Carreras le cabe la gloria de haber sido el introductor de esta corriente en el Uruguay. En este momento inicial, ya su manejo del alejandrino es

realmente impecable. Según Dora Isella Russell *"es interesante señalar que este proceso de adaptación métrica, el muchacho veinteañero lo había madurado antes de su contacto con la capital francesa"*.

No había viajado de las Carreras a París aún, cuando escribía en *Al Lector*:

*"He hecho conocer ya las malas condiciones
En que estoy de salud, y temo por lo tanto
Se pueda resentir del general quebranto
No ya la calidad de mis inspiraciones
Sino la cantidad. Así es que mi talento
Nunca podrá, por eso, aunque mucho lo siento,
Llegar a producir bastante, y prodigarse
Como deseo. Sé que puede condensarse
Muchísimo, sin duda, en la corta extensión
De una estrofa genial, hecha a una alta presión,
Mas lo que a mí me causa un asombro profundo
Es el gran productor, el obrero fecundo.
¿Quién puede comparar, lector, ni por asomos
A Lord Byron con Hugo? Este sí tiene peso:
El peso natural, más el de ochenta tomos."*

El muchacho que escribe estos versos jugueteos, en los que apunta ya una ironía muy sagaz y muy fina que la experiencia irá puliendo a su debido tiempo, se pretende mordaz, ególatra e insolente cuando se permite maltratar al lector de sus versos en estos términos:

*"Tú te fastidiarás, me dirás que estoy loco
Del todo, pues a tí te gusta bueno y poco,
Pero esto no es extraño: en todo diferimos,
Jamás nos comprendimos,
Y aún cuando amontonemos,*

*Palabras sin cesar, no nos comprenderemos.
Empiezas tú por ser un ferviente católico*

Romano y apostólico,

*Y yo un malvado, un eterno burlón,
Que todo satirizo, hasta la religión.*

*A mí nada me impone y nada me gobierna,
Y tú crees, lector, en la moral eterna...*

*Si algo empiezas a hacer, será por el principio,
Y yo por cualquier parte. A tí te espanta un ripio,
Yo aquí habré puesto cien... Por más diversidad
Yo me hallo muy allá de la vulgaridad*

Y tú te encuentras dentro."

Es importante poner de relieve esta gloriosa irrupción de Roberto de las Carreras en las letras nacionales, destacada con toda justicia por Emilio Oribe en un artículo en que afirma: "*En esta parte del continente sólo Roberto de las Carreras se preocupó de la construcción de hermosísimos poemas escritos en esa novedosa forma métrica [el alejandrino]. En lo que se refiere a la constancia y habilidad y riqueza en la utilización de la novedosa forma métrica el poeta uruguayo aventaja a Gavidia y a Darío, pues mientras éstos incidentalmente usaron el alejandrino francés, intercalándolo entre las formas propias del español, Roberto de las Carreras escribió sus poemas utilizando entera y sabiamente la variante francesa.*" Vaz Ferreira, en *Ideas y observaciones*, había celebrado ya la sonoridad de estos alejandrinos.

De esta misma época datan otras poesías que fueron publicadas en *El Día* y en *La Revista*, exhumadas algunas en la antología que hizo Fernández Ríos y otras en la de Visca. En verso explica, en el *Poema Sentimental*, cómo se ha enamorado

de una mujer casada; en verso explica el porqué de su viaje a Europa, hasta dónde llega su desolación, cómo se enamoró de una francesa, cómo de una italiana. Dora Isella Russell encuentra un matiz risueño y provocativo en estos poemas. Y es verdad, porque a pesar de la pose de neurastenia muy afrancesada, hay un fino y corrosivo humorista detrás de todo este aparente panorama de desmoronamiento, detrás de este muchacho que dice sentirse ya tan enfermo y tanto desea la muerte —y que paradójicamente habrá de vivir, sin embargo, aunque al fin sin lucidez, hasta la edad de ochenta y ocho años.

También explica en verso el problema que le causa el cobro de su herencia, herencia que como se sabe, según se ha encargado de difundirlo la tradición, fue lo suficientemente opulenta como para permitirle no sólo viajar por Europa, sino vivir holgadamente hasta 1907, cuando, a la edad de treinta y dos años, y naturalmente menguado su caudal por no haber hecho una aplicación rentable de él, obtiene su nombramiento como funcionario en Relaciones Exteriores. Hay ya en estos versos atisbos de lo que será la personalidad demoníaca del decenio siguiente. Algunos comentaristas hablan de exhibicionismo, y es posible que no sea erróneo calificar de exhibicionista a un poeta que cada vez que quiere decir algo —y siempre quiere decir cosas tremendas— se coloca en el centro de la atrevida trama que arma en sus textos. Pero volvamos a *Mi herencia*, poema al que recién me refería. Allí destaca públicamente, con toda valentía, un hecho que cualquier contemporáneo suyo, en su situación, hubiese ocultado: ensalza la ilegitimidad de su nacimiento, y aprovecha para

fustigar el sistema del Código Civil con una intuición jurídica realmente asombrosa en un muchacho que no parecía tener intenciones de graduarse en las aulas de la Facultad de Derecho, porque lo que él dice en verso en 1894, es prácticamente lo mismo que la ley recogerá después, cuando se reforme el ya por entonces obsoleto sistema del Código Civil de Tristán Narvaja sobre filiación ilegítima.

¿Qué aprende Roberto de las Carreras en París? Traerá en sus valijas todos los refinamientos, todos los delirios, todos los prodigios que pueden dejar legítimamente pasmado a un intelectual sudamericano que contacta de golpe con una "belle époque" frívola y tilinga, mucho más frívola que lo que él podía intuir desde acá. "En París se le afrancesa el alma y el estilo, y siempre se sentirá desubicado en su ciudad natal", anota Dora Isella Russell. Este singularísimo talento, que a la edad de diecinueve años había introducido la poesía modernista en el Uruguay, y que a partir de su regreso de Europa, abandonando el alejandrino, pasará a expresarse en una fastuosa prosa poemática, será, en verdad, un desubicado crónico aquí.

Pero el viaje a Europa, del que vuelve en 1898, era el espaldarazo que precisaba Roberto de las Carreras. El viajero que retorna a Montevideo es, pues, el difundido personaje de la leyenda: el desubicado, el rebelde de quien tanto se ha exaltado la viril elegancia de su porte, sus aristocráticos modales, la fortuna que gastaba en ropas, el sibaritismo de sus gustos, y hasta sus prácticas de esgrima, ya que Roberto de las Carreras García de Zúñiga no admitía practicar otro deporte que el de los caballeros. Debemos pensar que en este gusto de-

portivo, como en tantos otros detalles de su vida privada, tuvo siempre muy presente su alcurnia, porque aunque ilegítimo, él bien sabía que no era morganático y que su abolengo patricio era de ocho cuarteles. No voy a repetir aquí lo que ya he escrito en mis libros de genealogías, pero cabe recordar al pasar que por línea paterna era de las Carreras, Viana, Chopitea, Estrada, otra vez Viana, Alzáybar, etcétera, y por la materna García de Zúñiga, Elía, Alzaga, otra vez García de Zúñiga, Saavedra, etcétera, etcétera.

Pero lo que más interesa destacar aquí es que este gourmet que regresa de París habrá de tener una influencia decisiva en el proceso intelectual de su tiempo. Así como no existe un Roberto de las Carreras sin el 900, tampoco existe un 900 sin Roberto de las Carreras. Su cultura humanística, bebida directamente en Europa, su dominio del francés, inglés, italiano, así como del griego y del latín, le transforman pronto en el maestro y guía de aquel célebre cenáculo que fue la Torre de los Panoramas.

Una nueva forma adopta ahora su presentación literaria. Y lo que antes había sido espontáneamente dramático, naturalmente indisciplinado, adquiere ahora una disciplina calculada, premeditada, expresamente manipulada para dejar atónito al lector, más que por la desfachatez o la audacia de los asuntos propuestos —que siguen siendo las mismas de su poesía juvenil— por la exuberancia, la frondosidad trabajada y trabajosa de la dicción literaria. Anoto una interesante observación de Roberto Ibáñez: "Desde 1898 —vuelto de París, o mejor, de Lutecia— fue más decadentista que modernista". El homenaje permanente al artificio será

el signo definitorio de este de las Carreras parisino que Ibáñez y otros autores califican de decadentista en esta tercera etapa de su producción.

Es tan abrigado el despliegue verbal que adquieren ahora sus escritos, tan avasallante la presentación, tan suntuoso ese baño de champagne auténticamente francés que reciben Eros y Venus de este talento explosivo que se ha propuesto poner una bomba que haga volar en mil pedazos al universo, o por lo menos, a las costumbres morales universalmente admitidas por la sociedad civilizada, que me parece perfectamente razonable que a partir de este momento se haya comenzado a gestar esa leyenda que al cabo del tiempo terminaría distorsionando su verdadera biografía y relegando al olvido la mayor parte de su obra literaria.

No son nuevas, insisto, en de las Carreras, las ideas que expone esta opulenta prosa poética, ideas tan disonantes con las apreciaciones aceptadas por el público medio. Lo que es nuevo es lo que ha hallado en Europa, porque allá ha contactado con una literatura de vanguardia que le aportará mejores fundamentos e ideas más novedosas para que el desafío se vuelva más agudo. Y es también nueva, claro está, la deslumbrante exposición literaria. Por eso cuesta un poco darse cuenta que *Sueño de Oriente*, publicado en 1900, reitera el mismo tema que en versos había expuesto ya, en el decenio anterior, su *Poema Sentimental*. Relata su frustrada tentativa de seducir a una mujer casada, y no es otra cosa, en definitiva, que una osada invitación a la violación del mandamiento que prohíbe codiciar la mujer del prójimo.

El *Sueño de Oriente* le vale la admiración de

Herrera y Reissig, que celebra en él: "*Los períodos tirados a cordel [que] marchan al compás de soberbios redobles y de sinfónicos golpetazos, rematando en hemistiquios de oro.*" De ahí al ingreso en el todavía cenáculo literario que pronto será la Torre de los Panoramas, no hay más que un paso. El torrero Herrera ha sido muy claro y muy franco al rendir su homenaje a Roberto de las Carreras, en quien admira la seductora audacia de su magisterio y de quien tiene, bien lo sabe, mucho para aprender. "*De las Carreras fue quien introdujo en el cenáculo incipiente de la Torre —asevera Zum Felde—, el filtro de cantáridas de su sensualismo y el dandysmo cínico de su acracia.*" Pero en el *Sueño de Oriente* hay todavía algo más: pienso que ese dandysmo cínico de que habla Zum Felde, expresado a través de esa grandilocuente cascada de refinamientos literarios, no es otra cosa que la exteriorización de algo más profundo y más serio. Detrás del desparpajo de esa propuesta a la profanación de uno de los mandamientos más sagrados, hay un postulado ideológico. Me estoy refiriendo a la doctrina utópica del amor libre.

IV

LA PROFECIA DEL AMOR LIBRE

La insistente apelación al retorno a Grecia, a la fuente griega, no es un mero capricho literario de Roberto de las Carreras. Es la convicción de que Platón había obrado movido por el afán de fundar una realidad conforme a la idea y había buscado apasionadamente los instrumentos humanos para su realización. Y estos librepensadores cultos de la generación del 900, que tenían muy bien consumido todo lo que se escribía en Europa, sabían, como lo sabía de las Carreras, que Kropotkin había afirmado que *“las épocas en que los conflictos se ventilaban libremente, sin que se lanzara en la batalla el peso de una autoridad existente, fueron las épocas de máximo desarrollo espiritual”*.

La tesitura utópica no importaba otra cosa que la búsqueda de un tiempo y un espacio perfectos. Hay quienes la comparan a la escatología religiosa, que supone la promesa de un fin de los tiempos para que se inicie un tiempo perfecto. Sin embargo, ambas, tanto la escatología religiosa, como la utopía filosófica, no significan “vivir en las nubes”. Las dos tienen un carácter eminentemente realista, desde que pretenden despertar en el lector una relación crítica con el presente, mostrarle la perfección con la fuerza luminosa de lo absoluto

y llevarlo a ella por un camino activo a partir del presente.

La doctrina del amor libre, como expresión de un ideal utópico, se inscribe sin ninguna dificultad en este marco de ideas. Sólo los ácratas podían formularla en aquel 900 tan lleno de novedades, pero sólo los ácratas de extracción culta y aristocrática. Y resulta perfectamente coherente que haya sido fustigada como un absurdo desvarío erótico, no sólo por las derechas burguesas, sino también por las izquierdas proletarias. Para éstas, el problema primordial era comer, y después se vería qué hacer con la liberación sexual de la humanidad. Para quienes ya tenían resuelto el problema de la comida, en cambio, la frecuencia de las lecturas utópicas abría las puertas a osados caminos en la búsqueda de la libertad, a propuestas incitantes, inverosímiles, que obviamente estaban muy lejos de la jurisdicción del proletariado.

En la década del 90 se había abierto en Montevideo un Centro de Estudios Sociales formado por intelectuales y militantes libertarios. No tardó de las Carreras en afiliarse a este movimiento. Claro que era tan sibarítica, tan aristocrática la pose que adoptaba en su presentación literaria que es comprensible que los restantes ácratas, los de extracción proletaria, recelaran de él. Sin embargo, de las Carreras gozó de la confianza de la dirigencia, y en el tumulto que este grupo provocó en el acto de homenaje a Emilio Zola, en 1902, fue él quien tomó la palabra para lanzar un incendiario ataque contra la prensa derechista. Y esto no es leyenda; está documentado en los diarios de la época.

Es cierto que se me podrá decir que también estuvo muy cerca de Batlle y del batllismo; aún

cuando en una página llamada *Interview Político*, con su singular ironía y con esa maestría que tenía para decir cosas chocantes, haya lamentado que su familia materna hubiese formado parte del partido de los inmigrantes y se haya sentido muy orgulloso de la procedencia blanca de su linaje paterno. Porque, en definitiva, era más ácrata que batlista y tan aristócrata como ácrata. Y pienso que estaban muy errados esos dirigentes proletarios, cuando desde su minúsculo punto de vista clasista desconfiaban de estos intelectuales vestidos de chaqué. Ignoraban aquellos dirigentes que Pedro Kropotkin, el autor de *La conquista del pan*, era un príncipe ruso.

En el año 1901, en un diario libertario llamado *El Trabajo*, Roberto de las Carreras publica una carta dirigida a Julio Herrera y Reissig, en la que le explica, en nombre de Afrodita, que habrá de contraer matrimonio y que, aunque documentalmente aparecerá en adelante como cabeza de una familia legítima, eso no significa de ninguna manera una claudicación, sino el cumplimiento de un mero acto formal: "*Como anarquista, no reconozco el matrimonio, esa piltrafa del tiempo negro*", enfatiza para horrorizar a quienes pudieran atreverse a pensar que su comparecencia ante el Registro de Estado Civil significaba que estuviera dispuesto a encarrilarse por la senda de las "buenas costumbres" del uruguayo medio. Obviamente no tiene el texto de esta carta ningún valor literario, pero si lo menciono aquí es porque su innegable valor documental nos servirá de introducción a una pieza tan insolente como genial, que de las Carreras descuelga como una impía bomba sobre sus inadvertidos compatriotas en 1902, un año después.

El 10 de abril de 1902 Setembrino Pereda presenta al Parlamento su proyecto de ley sobre divorcio, proyecto que levanta de inmediato, como es de imaginarse, la consiguiente borrasca nacional. Apasionadamente, acaloradamente, en la prensa, en el Parlamento, en la Universidad, en todas partes se discute el tema divorcio. Y se forman los dos frentes previsibles: el divorcista, integrado por quienes acompañan a Pereda, y el antidivorcista, encabezado por la Iglesia y canalizado a través de un importante documento histórico: la Pastoral de Monseñor Mariano Soler. El debate en torno al divorcio saca a luz como temas nacionales, en ese momento, los problemas de la organización de la familia, de las relaciones conyugales, el derecho a deshacer una familia ya formada. Pero lo que nos interesa ahora es situarnos en ese año polémico de 1902 y ver de qué manera tan original nuestro biografiado terció en el asunto.

Para el misionero del amor libre, que ni siquiera cree en el casamiento, el divorcio no deja de ser otra tontería legal, aunque parezca un paso adelante en el camino de la liberación sexual de la humanidad. De las Carreras decide hacer su irrupción en la polémica nacional, y como su militancia intelectual no está para los planteamientos teóricos, irrumpe de un modo muy ruidoso, tal como es su estilo personal en esta época. Arma, entonces, una secuencia fáctica verdaderamente impactante, y cae con su impacto —según nos hace saber la leyenda— en un día y lugar absolutamente solemnes. Se dice que en la función de gala del Solís, el 25 de agosto de 1902, circula una edición extraordinaria del periódico *La Rebelión*, donde aparece insertada una parte de un texto que después, más

completo, verá la luz en forma de folleto fechado en la Aldea de Montevideo, el 5 de octubre de 1902. Este folleto lleva el título de *Amor Libre* y el subtítulo de *Interviews voluptuosos con Roberto de las Carreras*.

Literatura militante, panfleto, folleto o como se le quiera llamar, *Amor Libre* quema las manos y eriza las conciencias. En la secuencia fáctica, cuya veracidad es absolutamente imposible de determinar, de las Carreras organiza su propio Waterloo sentimental —porque sólo los Napoleones tienen Waterloos—, dice haber comprobado que su mujer le engaña, narra minuciosamente el proceso de la disputa conyugal, la correspondencia íntima, la intervención de terceros mediadores, y todo termina en una clamorosa, triunfal —y por supuesto sensual, reconciliación final de la pareja. La forma de presentación del asunto es la de un reportaje periodístico que el autor se hace a sí mismo. Y todo este análisis del problema de las relaciones conyugales y extraconyugales cae como una bomba demoníaca en el preciso momento en que todo el mundo está discutiendo la cuestión divorcio. Angel Rama observaba, refiriéndose a la secuencia fáctica, “que nadie sabrá nunca lo que realmente ocurrió ni importa, dado que Roberto de las Carreras sustituyó toda posible interpretación fiel de los sucesos con un hilarante relato que hizo aceptar a la ciudad”. Estoy de acuerdo con esta observación de Rama, excepto que le cambiaría la adjetivación. Yo no diría “hilarante”; diría en todo caso “agresivo”, “chocante”, porque esto no iba en broma. Iba muy en serio, no obstante la sin par ironía de la presentación, y estaba destinado a terciar en una po-

lémica nacional, contexto histórico ineludible para quien analice los hechos acaecidos en el Uruguay en 1902.

De las Carreras no es simplemente el Sultán de la Torre de los Panoramas. Es el apóstol de la utopía amorosa; yo diría más: el único apóstol del amor libre en el Río de la Plata y probablemente en toda la América de habla hispana. Y el divorcio es, al fin y al cabo, analizado desde su particular punto de vista, un convencionalismo para burgueses juiciosos que lo único que quieren es casarse y descasarse, y que esos actos formales queden regulados y amparados por la ley, y aceptados por los convencionalismos sociales. Pero Roberto de las Carreras está más allá de estos juegos pueriles de la burguesía juiciosa y ordenada. Su utopía filosófica está para fundar un nuevo orden, no para calafatear el preexistente. Por eso *Amor Libre*, detrás de esa aparentemente descocada presentación de la cuestión, es un himno vibrante a la liberación sexual, y un increíble, inaudito panegírico —¡año 1902!— de la libertad sexual de la mujer. De las Carreras se sitúa más allá de la cuestión divorcio —en el siglo V precristiano, o en la futura Era de Acuario, no lo sé. Se sitúa más allá de la minúscula cuestión legal que debaten sus contemporáneos, más allá de un planteamiento que con seguridad le merece el mismo desprecio que cualquier otra preocupación de los pedestres uruguayos, entre quienes se siente tan desubicado. Y yo me pregunto a quiénes habrá ofendido más este folleto que cae como un dardo despiadado en medio de la polémica divorcista. En los dos bandos había gente de convicciones muy sinceras, pero también en ambos bandos había su-

jetos farisaicos e indignos. Y mucho me gustaría saber a qué fariseos dolió más esta genial bofetada del Caballero de las Carreras.

Setembrino Pereda tenía en esta época 43 años; Monseñor Mariano Soler tenía 56; Roberto de las Carreras 27; y el niño Zum Felde, que con seguridad todavía no leía publicaciones anarquistas, terminaba de cumplir 12.

V

POR LOS CAMINOS DE VENUS

1905. El flamante siglo XX está por cumplir su primer lustro. Es el año en que Falla compone *La Vida Breve*, que Unamuno publica la *Vida de Don Quijote y Sancho* y Rubén Darío los *Cantos de Vida y Esperanza*, al tiempo que Einstein deja perplejos a filósofos y hombres de ciencia con su revolucionaria teoría de la relatividad. Aquí, en el Cono Sur, Florencio Sánchez termina de estrenar *Barranca Abajo* en Buenos Aires, y en las cuchillas uruguayas todavía está tibia la sangre derramada en Masoller, donde Aparicio Saravia cayó para siempre, clausurando —también para siempre— la era de las patriadas.

Narra la leyenda que por entonces, en este Montevideo todavía un poco aldeano que empezaba a vivir los éxtasis de la "belle époque" e intentaba aprender a hablar en francés, a pensar en francés, a estremecerse en francés, una donosa señorita que solía vestir de azul desató en Roberto de las Carreras, amador empedernido, una pasión torrencial. No tarda el vate en llegar hasta su balcón para dejar allí un ramo de flores con el manuscrito de un poema. Pero he aquí que la señorita tenía un hermano, hombre muy probo, muy pundonoroso, notario de profesión y guardián celoso de la virtud doméstica. Y habiendo juzgado este hermano que

la delicada ofrenda depositada en el balcón de su casa debía interpretarse como una afrenta, se armó de un revólver y —siempre según nos instruye la leyenda— salió en busca del poeta. Y para desgracia de éste, lo halló. Resultado del desagradable encuentro con notario tan probo como enfurecido, será el plomo de bala que por el resto de su existencia conservará de las Carreras alojado en un pulmón. Esta es, en todo caso, la consecuencia negativa del incidente que, como saldos positivos le reporta por otro lado un alza notable, a niveles de cotización insospechados de su fama de dandy demoniaco, y le inspira la creación de una de sus composiciones más brillantes, *Don Juan*, publicada dos años después, altivo y ardiente homenaje al amador asesinado por el hermano de la amada.

Esta historia de la señorita vestida de azul, de los manuscritos en el balcón y de la desproporcionada reacción del hermano de armas tomar es muy conocida, ha sido muy divulgada por la leyenda que, invariablemente y en sus distintas versiones, la señala como la historia de *En Onda Azul*, un poema publicado por de las Carreras en 1905, cuyos manuscritos habrían sido precisamente los causantes del alboroto. Si la he recordado aquí, no ha sido por contarla una vez más, sino porque tengo la seguridad de que *En Onda Azul* es uno de los poemas menos conocidos por el lector no especializado que, sin embargo, ha leído en diferentes comentarios la historia que acabo de relatar. Todos hemos leído alguna vez la leyenda de la señorita de vestido azul, del hermano y de los balazos. Lo que me gustaría saber es cuántos de los aquí presentes han leído el poema que causó tanto escándalo.

Y yo digo: ¡qué poco exigente el público que se conformó con la leyenda y nunca pidió leer el texto de *En Onda Azul*! Ese texto no figura en ninguna de las últimas antologías; yace sepultado en su preciosa edición príncipe, hoy joya de museo —Barreiro y Ramos, 1905—, letras azules de exquisitos caracteres góticos. Y allí está, esperando que algún día un alma piadosa se decida a resucitarlo para demostración, entre otras cosas, de una verdad biográfica: la de que estas ensoñaciones poéticas de Roberto de las Carreras no podían ofender a nadie. Y todavía algo más: que los delicados juegos oníricos que ensaya en estas páginas están marcando, junto con otros textos coetáneos, su introducción en un mundo de prístinas esencias poéticas.

Se adivina aquí la apertura de una nueva etapa. La musa que ahora le inspira, le susurra:

“Yo evaporaré sobre tí, ¡oh dilacerado!, la más lejana, la más confidente, la más enternecida onda azul...”

(...)

“El idioma de la tierra es la Belleza. Yo hablo en él. En mi carne resucitan las almas de todas las rosas. Soy la rosa helénica derramada en los triclinios de los festines eternos, de cuyo perfume están hechos todos los sueños, y de cuyas espigas se entreteje el Calvario de los Poetas.”

Repito que es de lamentar que *En Onda Azul* haya sido desechado por las últimas antologías, porque de divulgarse sus páginas se sabría que la musa inspiradora ha dejado de ser la codiciada mujer del prójimo —tampoco es la propia—, sino una

etérea señorita montevideana en la que de las Carreras, siempre certero y chispeante, admira un detalle de refinamiento:

"Su mimo de Lutecia, al arrastrar la "r", diera insomnios!"

En cuatro partes se divide esta prosa poética: en la primera —*Ideal Estético* es su título— el poeta nos entrega una minuciosa descripción de la amada, paradigma de la belleza, frente a la que se presenta en lírica actitud contemplativa:

"En sus labios, promesa nunca exhausta, la sonrisa; un absoluto, el beso. Confidencias de tálamo sus gestos; encogimientos tiernos... Su garganta: ¡Utopía de besos! ¡Remolino de espera! ¡Lustral evocación!"

En la segunda parte, que lleva por título *Sideral*, hay una extensa y delicada semblanza de las manos de la musa:

"Sus manos derramaran miríadas de coleópteros azules. ¡Alma de las primaveras!..."

La Visión de Oro, tercera parte del poema, permite reencontrar al de las Carreras suntuoso y brillante que entona enhiesto el himno a la belleza apelando a las referencias helénicas, exaltando "el éxtasis de la curva dispersa", o "la Arcada de triunfo de las frentes olímpicas", o "el trofeo de los vencedores de todos los juegos".

Finaliza con una cuarta parte, *El Beso Inmortal*, donde el texto se diluye levitando serenamente en un plano de misterios oníricos:

"Dolorido, fantaseo que su blanda cabellera em-

briagada por el opio del tálamo, en mi hombro está dormida... ¡Despertarán sus ojos en mis ojos!... En su blanda, en su ebria cabellera, ¡yo respiro el perfume de sus sueños!..."

Esta es la paradójicamente tan célebre como desconocida *En Onda Azul*, una composición perfectamente sinfónica, con sus cuatro movimientos, donde tienen su lugar el andante, el allegro o el adaggio, y que según la leyenda, fue el motivo de tanto revuelo en esta todería montevideana.

El mismo año de 1905 ve la luz otra delicada prosa poética: *Yo no soy Culpable...* (*Para una Ebria Cabellera...*), incluida con muy buen criterio por Fernández Ríos y Visca en sus respectivas selecciones, y cuya edición original es un pequeño folleto impreso por Barreiro en llamativas letras rojas. El sonido de las palabras, la musicalidad y el ritmo del poema, van volviendo incorpórea, leve, la imagen de la amada. La referencia del subtítulo a la ebria cabellera permite sospechar que la destinataria es la misma onda azul del poema anterior:

"¡Tengo yo la culpa de sentir el alma mecida por tus ojos; de que tu cuerpo entone, con su ritmo blando el arrullo de las barcarolas; de que tu mirada tibia de ensueño aterciopele mi espíritu con el solaz de un bálsamo; de que las oleadas calientes de mi sangre se precipiten todas al deslumbramiento astral de tu cuerpo, en una marea de ternura!"

Los sutiles espejismos que va creando el poeta envuelven una confesión de amor que a Emir Rodríguez Monegal se le antoja satánica. No sé por

qué la califica así este comentarista. Tal vez sea por la apelación final a Luzbel, emanada de la pluma del poeta que ahora llora —y probablemente de verdad—:

“Piensa que eres llorada, cantada sin descanso por la pasión! Que por tí nacen melancolias ilimitadas como piélagos... que por tí suenan sollozos amargos como la hiel del Amor; que por tí se ciernen oscuros desamparos, violáceas penumbras, tristezas de tempestad... que eres unida a los más altos sueños; que haces aletear, asfixiadas, las ternuras de un asfixiado corazón; que enciendes el volcán de las cóleras rebeldes, que por tí corren las lágrimas de fuego de Luzbell...”

En 1905 Roberto de las Carreras tenía 30 años de edad; la onda azul, 22; y don Alberto Zum Felde recién cumplía 15.

Curiosamente, en *La Venus Terrena*, un libro autónomo formado por ocho prosas poéticas, aunque contenido, como segunda parte, en *La Venus Celeste* publicada en 1909, volvemos a hallar, aunque con variantes que no inciden en su sustancia, las dos prosas recién comentadas. Sólo que *En Onda Azul* aquí se llama *El Camino de los Suspiros*, mientras *Yo no soy Culpable* mantiene el mismo nombre, y las seis restantes prosas llevan por títulos: *Mi Beso*, *La Súplica*, *El Ensueño del Cantar*, *El Miraje*, *El Clamor*, *El Mar Medroso*. Y si incluyo aquí el comentario de *La Venus Terrena*, es no sólo por el nexa establecido con esta época por los dos poemas señalados, sino porque tengo la convicción de que los seis restantes también fueron creados antes del año nueve.

Venus, imagen de la feminidad, de la belleza y del amor es el denominador común de estas ocho composiciones. Desde Praxíteles hasta Salvador Dalí, desde Esquilo hasta Rubén Darío, las artes y las letras de todos los tiempos y de todos los lugares han rendido su reverente homenaje a la diosa protectora de los amantes, amante ella misma. No podía permanecer ajeno a este homenaje Roberto de las Carreras, amante supremo del 900, según lo proclamó la leyenda y se autoproclamó él mismo. No podía dejar de existir en su curriculum un libro como *La Venus Terrena*, “fuente de mil pasiones”, según la define. Entremos, pues, al examen de este libro, también olvidado, aunque punto de escala obligado en la producción carreriana. Pero no busquemos en sus páginas al sobado dandy de la leyenda, porque no lo hallaremos. En cambio, hallaremos un poeta que canta así:

“Tus senos llamean... en el astro cerúleo de tu cuerpo sombra se abreve... Tu cuerpo es una tienda en la Aurora... Tu cuerpo es una tienda en la Noche... Tu cuerpo es a manera del Boscaje en cuyo íntimo secreto a pesar del Día hay Noche soñando...”

(...)

“El fondo de tus muslos se entreabre: estuche de róseo nácar... Tus nervios son melódicas cuerdas tendidas por el himno interno del Gozo que extrañamente transparentan tus ojos, que hace batir tus párpados como las hojas impulsan la ráfaga de Primavera. En la espesura de tus cabellos mis deseos soñantes rumorean...”

(...)

"Yo me inclino sobre ti, como sobre un estanque un lotus pensativo, indefinidamente..."

A diferencia de *Amor Libre*, acto de fe militante de voluptuosidades consumadas, *La Venus Terrena*, acto esencialmente lírico, trasluce una sublimación onírica de la sensualidad. Ante la virginidad de su musa se inclina el poeta:

"¡Quiero exprimírte como un jactancioso racimo, chocar mi boca, en tropel, con el ardor de tus negras axilas!... ¡Quiero beberte!... ¡Quiero admirar tu sangre fluyente de la herida inflingida por el triunfal amor mío!"

Toda la explosión lúbrica de *La Venus Terrena* está permanentemente enmarcada, limitada, por dos extremos condicionantes: la textura puramente onírica de la materia literaria y la inexpugnable castidad de la musa perseguida a lo largo de ensañaciones mórbidas, obsesivas, que por momentos tornan pesadillesca la mejor poesía erótica de Roberto de las Carreras:

"Tú eres el nido armonioso, columpiante, de mi cuerpo... ¡Oh, qué vaivén! ¡Cómo todos mis deseos se convierten a tu cuerpo! Yo les siento fluir en el alborozo de tus venas... Yo te he confiado mis deseos... Estás íntimamente habitada toda por mis deseos..."

(...)

"El cáliz del fondo de tus muslos es una melodía... Tu cuerpo alberga el secreto de las esferas y lo rinde, dadivoso, al mío... Ondulamos sin barreras, principio ni fin... Hallamos al paso alas

mensajeras de efusiones divinas... ignoradas..."

(...)

"Tu cuerpo está hecho de torcaces en arrullo; tus manos aletean, mariposas de tul de mi cuerpo..."

(...)

"Dime una y otra vez cómo quieres una y otra vez amar, dime por qué línea de tu cuerpo quieres tú que yo despeñe de mi ternura la temblorosa ofrenda, ¡en qué belleza del templo de tu cuerpo quieres tú que mis labios se arrodillen!..."

Incinerado en la pasión, errabundo tras su evanescente quimera, el poeta no da tregua a su pluma:

'Renée... ¡quiero confiarte a la extasiada queja que, desde el fondo arrullador de las florestas indostánicas, inexhausta y soñante, se desprende!..."

De las Carreras ha dicho Renée. Varias veces ha dicho Renée a lo largo de *La Venus Terrena*. Y hasta ha explicado todo lo que este nombre de mujer es capaz de sugerirle. Para hacerlo, se ha valido de un crescendo de dimensiones wagnerianas, una alborozada, desenfadada catarata de imágenes —intransferiblemente 900— que se desprende torrencial ante el lector atónito y rueda como las perlas de un collar cuyo hilo ha reventado:

"Tu nombre es a modo de flotantes gases, irisadas, sobre mágicos estanques, trémulas, desflecándose... una esencia émula del cristal tremante; una fruición de los violines; un sonido del Pindo; una brizna del Iris; una coquetería de sílabas; un perfume aligero; una veleidad del Eco; el mullir

del paso de una ninfa; un primer rayo de Sol; el rumor de una hoja que rueda; una sonrisa; una perla; un paisaje brevemente entrevisto; el huir de un ala amiga; un claror, una entrega de Luna; las dos pupilas fijas de un recuerdo; un celaje... una tarde... un columpio en la floresta... un nido, un arrullo; una vehemencia, un ritmo, un abrazo; un adiós; una alondra; una hesitante pupila cristalina asomada a la arcada de un crepúsculo celeste; en un canal dormido de Venecia; una góndola... una fugacidad del nácar; un rastro del carro del Sol... una gota de Falerno descuidada sobre el declive de un pétalo de rosa...".

A la leyenda compete ahondar más en torno a la esquiva musa responsable de esta cascada de delicadezas. Por mi parte, no me parece del caso volver a cometer una injusticia tantas veces reiterada en la historia de la literatura: la de concederle la inmortalidad a una mujer que jamás la podría alcanzar por otro mérito que no sea el de su pertinaz resistencia al asedio amoroso de un poeta célebre. Prefiero contentarme con la Dulcinea oficial del Caballero de las Carreras: la Cavalieri, la que supo tener otros méritos —y muchos— para gozar del don de la inmortalidad, la bella Cavalieri que tal vez nunca se enteró —y si se enteró no le importó mucho, ligera y frívola diva— que un Tenorio montevideano estaba rendido a sus pies con el libro más lujoso que se haya publicado jamás en esta comarca de ediciones tan modestas.

VI

LA DIVINA CAVALIERI

El caballito de batalla de la obra publicada por Roberto de las Carreras es el *Psalmo a Venus Cavalieri*, cuyo, pie de imprenta reza: Barreiro y Ramos, 1905. El mito nos debe un detalle: nos gustaría saber qué dijo Lina Cavalieri —“*la più bella del mondo*”, según el juicio unánime de sus contemporáneos—, cuando un buen día llamó a la puerta de su residencia parisina un exquisito procedente de esta todería montevideana, Julio Raúl Mendilaharsu, y le entregó un tomo de esta obra, especialmente dedicado a ella por el autor, y encuadernado —¿en piel de tigre? Nunca se divulgó qué le mandó decir la célebre cantante a de las Carreras, ni siquiera si le mandó decir muchas gracias.

Es muy conocida esta obra. Consta, como se sabe, de dos partes, el *Psalmo* y el *Reto*; y su edición príncipe es un derroche, no sólo de adjetivos y de esa ampulosa y sonora catarata de apelaciones a la Antigüedad, sino un verdadero derroche visual y estético. Tiene que haber sido el libro más lujoso editado en Montevideo en ese entonces. El texto se desarrolla únicamente en las páginas que están a la derecha del lector, impreso en una sofisticada tipografía de caracteres góticos, en tanto que las páginas que están a la izquierda contienen

las fotografías de la diva, algunas de las cuales son verdaderas piezas de antología. No hablo de páginas pares e impares, porque la numeración de ellas —tan cuidada es la edición— sigue al texto, saltando por sobre las páginas que contienen pegadas las fotografías. Folios de finísima cartulina color morado, y gruesas tapas de pergamino de las que emergen cintas rojas para atar el volumen al cerrarlo, para engarzarlo, completan este panorama de veleidosa dilapidación del dinero, porque, aún a riesgo de ser tachados de observadores de mezquinos detalles extraliterarios, cabe preguntarse: ¿cuánto pudo costar una edición como ésta?

Un homenaje hecho con toda la pompa formal que exigía el 900, para saludar a esta distante Dulcinea y para expresar, en un texto solemne, discursivo y bastante trabajado, bastante sojuzgado por el perfeccionamiento de la labor compositiva, ese amor estrictamente unilateral que nunca fue correspondido, por supuesto, por la vedette:

“¡Eres Teodora, diadema de Bizancio! ¡Fres Belkis!... Jerusalem en triunfo abre sus puertas, humilla a tus pies, la púrpura. ¡La mirra y el incienso, en olas tumultuosas, velan el sol!...

De su trono mirífico descende y te aclama, en la gloria de su genio, Salomón, al que corona la eterna juventud de los Cantares.”

Tiene el poema, especialmente la parte del Reto, sus ingredientes eróticos para nada disimulados:

“Yo seguiré la ruta de tus convexidades: ¡Intrincaré tu cuello, tus brazos, tus senos, tu cintura, tus muslos, tus pies de lotus, con hilos de perlas de besos!”

Y cumple, en general, con las exigencias que solemos hacer a estos poetas que estaban en la hora del homenaje al artificio. El proceso de composición, descubierto por la Profesora Russell en una labor comparativa del manuscrito con el texto definitivo parece haber sido doble: de las Carreteras escribía primero los versos en una medida arbitraria, pero articulados en estrofas y con un ritmo deliberado; y la prosa poemática resultante no es sino la yuxtaposición de un verso a continuación del otro. De este modo quedan explicadas la amplitud del período y la musicalidad del texto:

“En Nínive y en Memphis, en las terrazas dormidas en que vaga el aliento de las bocas inflamadas, mojan tus dedos lágrimas de estrellas... A tus pies los aromas desfallecen... Por ti suena el gemir melódico de las hojas... Por ti calla la sombra...”

¡La regia noche vibrante, cargada de suspiros y de astros, pesa sobre tus hombros!...”

Por esta época parece haberse atemperado su fogosa militancia de los años anteriores. Algún comentarista ha dicho que por entonces ya está alejado de los grupos libertarios. No lo sé; lo que sé, porque surge de lo que escribe, es que se nota claramente una evolución hacia un sensualismo más lírico y menos insolente, más hondo y menos exhibicionista, aunque no por ello, como ya se vio, menos erótico. En este tiempo parece que debe ubicarse su conocida *Oración Pagana*, aquel poema que empieza diciendo:

“¡Yo te arrojo todas mis rosas helénicas, oh amante arrebatada a la gloria del Beso!”

Pero hay una dificultad: como su pie de imprenta carece de fecha, nos vemos privados de saber en qué año fue publicado. Se le relaciona con "la tragedia del Prado", un sonado hecho de sangre ocurrido en Montevideo en 1904, en el que una señora adúltera resultó asesinada por su marido. El texto traduce el llanto por la muerte de una hermana olímpica:

*"Enmudece de congoja mi corazón de amante
y perlan sobre ti, ¡oh flor pagana! mis lágrimas de
esteta."*

Es una composición muy hermosa y muy bien lograda, aparentemente menos trabajada, mucho menos trabajada que el *Psalmo*, pero no me parece tan espontánea como para haber sido compuesta en una sola tarde y leída, tal como la conocemos hoy impresa, al pie del féretro de la dama asesinada.

Del año cuatro es sí, porque lo dice su pie de imprenta, un libro muy coqueto que si no contuviera tantas y tan filosas ironías, se podría definir como una frivolidad insensata de un escritor rico que podía gastar lo que quería en editar cuanto se le antojara. Me refiero a *Parisianas*, cuyo pretexto es el de dar a publicidad opiniones críticas literarias en forma epistolar, opiniones que no dejan de ser apologéticas, por supuesto. A Paul Minelli (por *Mujeres flacas*) le llama: "Exquisito: Sus poesías son un imprevisto en el peñascal del habla maciza de los godos." A Manuel Bernárdez (por *La Nación en Marcha*): "Eximio: Mi aticismo trisca gozosamente en tu obra." A Andrés Demarchi lo califica de "Elegido". Y sobre *Piedras Preciosas* de

Luis Guimaraens, opina: "Es un libro de *houldoir* que será entibiado bajo la almohada de las soñadoras del beso". Y yo pienso: qué desperdicio, haber aplicado tanto talento y tanto dinero a la producción de un libro simplemente suntuario.

Batallador, y mucho, en cambio, es *Don Juan* (1907) y, de tono solemne, por supuesto, como sus mejores producciones de esta época.

"¡De rodillas, corazón de América!",

exige la dedicatoria, y abre el fuego ya con las primeras palabras:

*"¡Coronemos, oh audaces, de mirtos lisonjeros
la sombra fulguradora de Balmaceda triunfante,
caído con el perfume de la dicha en los labios
invencibles y en los deslumbrados ojos!..."*

Vuelve por sus fueros la veta erótica:

*"¡Anhelante! Tú has sentido el clamor de la raza
en el arrebato de tu corazón triunfal sobre el seno
de la Waddington feliz!... ¡La sangre tiembla y te
agradece el grito de ilusión del sexo!"*

Y aunque siendo, tal vez, de una factura poética más espontánea y sólida que el *Psalmo* a la Cavaliéri, no alcanzó el suceso de éste, aún clamando a voces:

*"¡Soberbio! Tú has encarnado la épica del sexo!!
Caballero cumplido de la Muerte, Señor de los pe-
ligros! Altivo sin rival que donaste a los protervos
el rol de sepultureros tuyos, que les diste tu fosa a
cavar!..."*

Se sabe por la leyenda quiénes fueron las desti-

natarias del primer ejemplar de este libro, no bien salió de la imprenta la edición. No sin estupor, las señoritas de la Sociedad "*Entre Nous*" debieron haber visto caer en sus manos, como un petardo, el ejemplar en cuya primera página Roberto de las Carreras había escrito:

"A la Sociedad Entre Nous, con el ruego solícito de que sustituya su nombre por el de Entre Nous et Vous — Don Juan".

Debió ser ésta, probablemente, una de las últimas tropelías irónicas de este demonio literario "*rubio de egolatría*" —como le definió Vasseur— que ya no podrá sostener por más tiempo la "*mise en scene*" del dandysmo. La quiebra final de su fortuna, dilapidada en caprichos, le obligará a buscar empleo. En 1903 había emplazado a Batlle para que le enviara como diplomático a París:

"El puesto de secretario me permitirá pasar triunfalmente de Montevideo al lecho de la Cavalieri que es la Huri parisiense designada para mi rehabilitación de amante."

El texto de este emplazamiento, naturalmente, había circulado en panfleto —es el *Interview Político* al que ya hicimos referencia— con el consiguiente alboroto. Batlle, viejo amigo y protector de de las Carreras, y también zorro viejo, nada había contestado entonces. Pero ahora, a cuatro años de distancia, las cosas han cambiado y la necesidad de un empleo se ha vuelto imperiosa. Ya no es posible sostener desplantes panfletarios —ya no hay con qué pagarlos—, ni es posible seguir delirando con el lecho de la Cavalieri. Ahora hay que aceptar el em-

pleo que el Gobierno se digne conceder. Y lo que el Gobierno concede es el exilio en el Trópico. En 1907, Roberto de las Carreras, ahora asalariado del Estado, se estrenará como Cónsul, no en París, sino en Paranaguá.

Coincidiendo con estos hechos biográficos se produce la apertura de una nueva etapa de su producción literaria, la hasta ahora menos explorada por los comentaristas, prácticamente desconocida por la leyenda, pero no por ello menos digna de atención. En adelante asistiremos a un repliegue espiritual, a una búsqueda dolorosa, por momentos oscura y atormentada, de los misterios esenciales del Universo. Otra vez, como en sus años mozos, Roberto de las Carreras escribirá la palabra Dios.

EL ASCETISMO Y SU BORRADOR EROTICO

El mejor texto de esta etapa de reencuentro metafísico es *La Visión del Arcángel*, publicado en Montevideo en 1908, hace ahora setenta años. La explosiva dedicatoria a Lord Byron, leída al comienzo de esta disertación, parece presagiar un cataclismo. Las páginas que siguen encierran un diálogo desesperado entre el Arcángel y el Peregrino, desesperado y por momentos desesperante. Si no hubiera aquí tantas alusiones al “*perfume de las rosas del Cosmos*”, a “*los frutos de oro del viejo árbol del Cosmos*”, a la “*infinita sed del Cosmos*”, imágenes que hablan de un parentesco muy cercano con el panteísmo, se diría que en esta etapa de retorno místico, Roberto de las Carreras está buscando una aproximación a la verdad revelada por el Señor. Una lectura detenida de *La Visión del Arcángel* sugiere claramente una contrita búsqueda de Dios. Y también de un nuevo orden. Cuando el Peregrino pide al Arcángel: “*Entrégame el corazón de una mujer que se confesara mío!*”, el Arcángel le responde: “*¿A mí me lo pides? Peregrino, yo soy la Orfandad sublime. Por amar inmensamente, inmensamente he caído*”. Esto escribía en 1908 el ex-profeta del amor libre.

Este libro, sepultado hasta hoy en una primera y única edición, nos aporta una clave biográfica de

inososlayable valor. Destaco este punto, al margen del análisis literario, porque varios autores han sustentado el criterio según el cual de las Carreras es muy valioso como personaje biográfico, y en esta zona prácticamente inexplorada de su obra está trasantando, sin duda, una nueva pose vital. Este poeta, ahora sumergido en los oscuros arcanos de la metafísica, que clama desesperadamente por las más peregrinas abstracciones que no son otra cosa que el nombre de Dios, se nos presenta desnudo, despojado para siempre de aquel suntuoso estuche francés en que se había alojado en otro tiempo para saludar a Eros y a Venus. El ex-sibarita es ahora un asceta vegetariano.

“Este cambio —mucho en la forma y mucho más en su contenido— que se produjo en los libros finales de Roberto, no ha sido generalmente observado por la crítica”, lamentaba Zum Felde. Es cierto, como igualmente es cierto que tampoco ha sido observado por sus biógrafos que suelen sobrevolar con mucha ligereza este período, sin reparar siquiera en un hecho acaecido al mismo tiempo que el poeta se hace cargo de su consulado en Brasil. En julio de 1907, Renée, la idealizada e inalcanzada Venus terrrena, se ha casado —con otro, por supuesto—. Y cabe preguntarse: ¿no existirá alguna relación entre este suceso y la queja del Peregrino: “*¡Ella ha hecho traición!*”? No lo sé. Pero sé que el caviar que consumía el antiguo gourmet ha sido sustituido por las hortalizas que produce la madre tierra en sus vergeles, y que el champagne se ha vuelto agua cristalina.

El poeta que se asombra de las alas del Arcángel (“*Las dos alas pujantes, armoniosas, son las tendidas puertas de los cielos*”); que se asombra de los

ojos del Arcángel en exquisitas expresiones poéticas (“*Los ojos del Arcángel son la Luna en revelación celosa entre los cortinajes de las selvas del Cielo, en la fosca ondulación de una garganta de nubes... Los ojos del Arcángel, como Selene loca en las álgidas tormentas, parecen rodar, precipitados, sobre quiméricas cumbres*”); que se asombra de la frente del Arcángel (“*Nido de crepúsculos violáceos, es la de un creador acongojado por la belleza demente de la obra*”); el poeta de estos nuevos asombros ha trocado en excelsas abstracciones —la Pena, la Vida, el Ensueño, el Dolor, palabras que escribe con mayúscula— la lujosa y refinada catarata de adjetivos con que había celebrado en tiempos muy recientes otros asombros.

Este de las Carreras místico retorna ahora al temario que le obsedía en sus versos juveniles: por ejemplo, la Muerte, cuando el Arcángel afirma: “*Mi ala fúnebre relampaguea como la suprema ilustración de la Muerte, esa que tú adoras cuando en tu corazón se petrifica el sollozo porque hallas la pena tan dura y tan injusta, que no puede tu anhelo fecundar los ojos y miras en vano el azul*”. O, por ejemplo, el Dolor: “*Mi corazón, Sináí de los tormentos, relampaguea de dolor*”, es la metáfora de que se sirve el Peregrino para quejarse al Arcángel que le ha dicho: “*He aquí la corona de las tinieblas, he aquí la gloria del Dolor, él engrandece el miraje de la Dicha (...)* Yo soy más que el Dolor, Peregrino. *¡Soy la belleza del Dolor!*”.

Una frase que de las Carreras pone en boca del Arcángel, me impacta especialmente: “*No temas, ¡hay algo aún por encima de los astros!*” Claro: por encima de los astros está Dios. Lo que me pregunto es si de las Carreras ya lo sabía, o si simplemente lo

intuía. Pero aún de retorno al temario de los años juveniles, bien lejos está del muchacho rebelde y blasfemo de los primeros versos, este hombre maduro que escribe:

“El Arcángel se parece a un mar sin esperanza que bate una roca lejana... El Arcángel es la tormenta hecha Dios y en calma; es la consagración del rayo; es del relámpago la lucidez frenética, la fiesta lívida, la encarnación alevosa y como dormida...”

La impostación solemne y discursiva de los años del dandysmo ha permanecido incambiada, la creación poética es la asunción dramática del propio destino operada como un ejercicio sacerdotal, como la comunión con un misterio sagrado. Así entendió el arte esta generación que creyó que esa comunión con el misterio sólo era expresable literariamente en términos de majestuosa excelsitud:

“¿Ves esa estrella que incienza con una lucidez infalible, con un insomnio magnético, llamando a sí a todos los quereres del negligente universo? Nació de la lágrima del estro que nutriera fogosamente en ella la mayor explosión de dicha conocida, que con ella vivió la esperanza en efusión de siglos... Como aquel corazón, como aquel estro, esa estrella espera suspendida...”

Salta a la vista el perfeccionismo minucioso, la elaboración especialmente cuidada para que el producto resulte imponente, sublime. Es la postura de esta generación. Sin embargo, debajo de la pulida solemnidad, subyace una materia poética para nada despreciable. El patético lamento del Peregrino es

profundo y potente: “¡Ella ha hecho traición!”. La tajante respuesta del Arcángel: “¡Era necesario que así fuera para la gloria del Arte!”, encierra, ya lo he dicho antes, la clave del libro.

De 1909 datan *El Cáliz* y *La Venus Celeste*. No he hallado la fecha exacta del primero; sí la del segundo: Curitiba, 1909, dice su pie de imprenta. La impresión de ambos es idéntica, lo que puede corroborar la tesis de que la fecha es la misma: finísima cartulina celeste con letras plateadas y azules. Ambos libros se inscriben en la misma línea de especulación metafísica que abrió *La Visión del Arcángel*, una especulación que, por momentos, se vuelve turbulenta. Muchas veces me he preguntado si no será esta búsqueda expiatoria el hecho que terminará sumergiéndole, años después, en las tinieblas de la alienación. Los comentaristas han insistido mucho en el factor hereditario, y efectivamente he comprobado, en el estudio genealógico de su familia materna, otros casos similares. Pero esos factores potenciales se desatan siempre en algún momento y por algo. Y yo me pregunto si este hombre dolorosamente solitario, pensador frenético en la búsqueda de lo absoluto, prácticamente exiliado en el Trópico sofocante en cumplimiento de su misión consular, no encontró precisamente en la conjunción de todas esas circunstancias la causa desencadenante de su mal.

Pero volvamos a estos dos libros. A *El Cáliz* le falta la redondez de *La Visión del Arcángel* y le sobra una densidad que sólo muy de tanto en tanto logra moderar, como, por ejemplo, cuando hace dialogar al ruiseñor con la nube. No alcanza tampoco esa levedad tan atractiva que tendrá el *Suspiro a una Palmera*. Al contrario, el poeta se

siente atribulado por los grandes enigmas, se duele de ver cómo “Yace la Tierra abandonada en el regazo del gran ignorar”, y desarrolla su asunto en términos de acto de contrición:

“Es la hora de las Estrellas, de las Notas y de las Almas que vuelven en pos de su dolor, en pos de los lugares de martirio, de crucifixión; es la hora de las almas que todas sus lágrimas sobre la Tierra no lloraron de sus ojos mortales a través.”

No tiene este libro dedicatoria, aunque sí una especie de introito, impreso en letras doradas, a modo de ficha o artículo de diccionario sobre el significado de la palabra cáliz. Me llama la atención que esa ficha-introito termina con cuatro citas de las Sagradas Escrituras —dos de Jeremías, una de Mateo y otra de Lucas—. Alguna vez me tomé el trabajo de confrontarlas con las notas de mi Biblia vulgata en la palabra cáliz. Son las mismas. Dora Isella Russell menciona una carta, escrita años después, cuando ya estaba enfermo, en la que dice haber dejado impreso en Curitiba un libro dedicado a Dios. ¿No sería *El Cáliz* ese libro, que ya en la confusión de su trastorno no recuerda siquiera qué título tenía?

La Venus Celeste es otra oscura —pero ya extensísima y por momentos agobiante— búsqueda de lo trascendente. No deja de resultar simpática la advertencia con que se abre:

“Escrúpulo: Algunas raras deficiencias, la sustitución de algún vocablo, el extravío de alguna coma, fruto natural de la impresión de estas páginas por servidores de una lengua ajena aunque hermana, de la fluida y sedosa lengua que ha con-

sagrado a Belkis... serán espontáneamente corregidas por la discreción de aquél que acompañe al autor a soñar, que encienda con él, como diría Byron, su pipa en Persia... En este caso deberá ser encendida no sólo en Persia, sino en casi toda Asia, sin contar la antigua Grecia y la antigua Europa."

En el texto, el habitual tono solemne se vuelve superlativo, abrumador. Es un libro denso —el más largo de cuantos publicó de las Carreras—, y apenas si abate esa densidad en las apelaciones que hace a Romeo y Julieta, o a Paolo y Francesca. En algún momento, Venus es una lágrima posada sobre Troya y habla así al poeta:

"Anegado en mi voluptuoso devaneo de imposibles querer es inauditos; en mi rauda, insondable reflexión de quimera; en mi soledad de Arcano, en mi clamor de añoranza, Homero lloró sus versos claros! Yo, su hermana de los Cielos, a sus ojos los atraje con mi esplendor de simpatía; yo maravillosamente tierna, yo, la gran Lágrima piadosa por los destinos desconocida, fatigada de alentar en vano, rogando, suspendida sobre Troya."

Curiosamente, *La Venus Celeste* tiene una segunda parte, *La Venus Terrena*. Y digo curiosamente, porque en esta segunda parte varía radicalmente la tesitura del autor. *La Venus Terrena*, compuesta por ocho prosas poemáticas a las que ya hice alusión, se presenta como un borrador erótico del misticismo que encierra la trilogía integrada por *La Visión del Arcángel*, *El Cáliz* y *La Venus Celeste*. Creo que borrador es el calificativo más adecuado para estos ocho poemas —entre

los que aparecen, como ya he dicho, los mejores textos eróticos carrerianos—, porque pienso que ellos fueron compuestos antes que el poeta resolviera internarse por los caminos de la especulación metafísica, y que su presencia aquí obedece a la necesidad de instituir el contraste prometido cuando anunciaba: "*Los antiguos reconocían dos Venus: la Venus Celeste, prototipo de toda Belleza, y la Venus Terrena, fuente de mil pasiones.*" De esos ocho poemas, los dos primeros: *El camino de los suspiros* —que es *En Onda Azul*— y *Yo no soy culpable*, ya habían sido publicados con anterioridad. De todos modos, esta segunda Venus, fuente de mil pasiones, es un saludable respiro para el lector que al llegar a la página 95 de *La Venus Celeste* se sentirá seguramente agobiado por la monotonía de un discurso que ya está resultando superabundante y reiterativo.

UN SUSPIRO Y MEDIO SIGLO DE SILENCIO

Reiterativo y gastado. Se imponía en este momento una reacción del poeta; era imperioso su viraje hacia otras metas y su retorno, renovado, en una nueva vertiente expresiva, porque lo que había salido redondo en *La Visión del Arcángel* se estaba corrompiendo y esterilizando a ojos vistas. Y existió un libro demostrativo de un propósito de renovación. Me refiero al *Suspiro a una Palmera*, otro texto carreriano injustamente olvidado.

Las cronologías bibliográficas suelen ubicar la publicación de esta obra en 1912 ó 1914. La dificultad en cuanto a su fecha emana de que si bien tiene pie de imprenta: Bertani, edición lujosa —tapas rojas y hojas de cartulina celeste— ese pie de imprenta no registra el año. Pero sea cual fuere el año, lo que importa es que este libro parece prometer la apertura de una nueva etapa de la producción carreriana. Promesa y nada más, porque es el último de los textos del poeta que habrá de quedar luego sumergido en el silencio por casi cincuenta años, hasta su muerte, acaecida recién en 1963. Nunca habrá próximos libros después de éste.

El *Suspiro a una Palmera* está dedicado "A *Un Esfinge que custodia los desiertos*", y recrea, bajo la advocación de Lindaraja y en nombre de la glo-

ria de los Almanzores, en una formulación poética de exquisita factura, la molicie de los desiertos por donde peregrinó la casa de Ismael. Y canta:

"Al vano fenecer de tus pendones, la media luna amaneció; lamió, ciega, en las almas; arrobó, con resbalador esfluvio los Alfanjes; anegó los nocturnos ojos; besó la Hueste umbría, poseída con la melancolía triunfal!... tendió sobre las vegas la letal caricia de la Razal"

No es un himno desbordante a la palmera; es lo que dice el título: un suspiro, y el poeta lo explica:

"Taciturna... hecha toda de idealidad, se parece tu línea monótona a un suspiro."

Respira toda la prosa poemática un aire apacible y volátil. El poeta parece flotar en sus ensueños. El poema es como una estructura plástica con la que se arquitectura la imagen de la palmera. Es un cuadro; un cuadro hecho de pinceladas leves:

"Tu airoso soñar huraño, rítmico, fue como el Albornoz trémulo en el galope eterno, confiado a las llanuras pensativas, al espíritu vidente de las errantes soledades!..."

Este nuevo poeta intimista y espiritual ha dejado atrás para siempre los desplantes panfletarios, las polémicas escandalosas —la que había tenido con Vasseur, la que había tenido con Herrera y Reissig—, ha amansado su erotismo, se ha despegado de aquellas honduras filosóficas que le atormentaron en sus libros místicos. Ahora, ni siquiera

es una mujer la musa que da aliento a su pluma. Pesa aún el tono discursivo y la composición formal es la misma de su habitual prosa poética. Pero la solemnidad es notoriamente menor. El sacerdote parece querer acercarse a sus fieles. De ser exacta la ubicación cronológica que hemos dado a este texto, se podría decir que estamos asistiendo a la madurez del poeta que, sin artificios, apela a la palmera —aislado signo de vida en el desamparo de los desiertos— en términos que hablan claramente de un nuevo engarce espiritual.

Reitero que es de lamentar que sea ésta una de las obras olvidadas de Roberto de las Carreras. Nunca he visto, en los distintos artículos y comentarios que he leído, que nadie haya reproducido jamás, ni por curiosidad, el bellissimo final de estas páginas:

"Palmera, no puedo arrancar de mi corazón una lágrima bastante viva, bastante irisada de azul y caldeada para engrosar con ella la Linfa que te bebe, una lágrima tan honda que fuera todo mi dolor en llamaradas, arrancado por las ansias incomparables del Ensueño y al Ensueño dado; te dejo apenas una lágrima efímera, hermana de muchas, que es amiga de la frescura de la Linfa u que el Céfiro inconsciente apura en un extenuado albor..."

Hemos dicho recién que después de éste no hubo próximos libros. Todos sabemos lo que sucedió. En 1914 aparecen los primeros síntomas de su mal, y coincidentemente su ficha de funcionario de Relaciones Exteriores anota las primeras licencias por enfermedad. El proceso ha concluido. La

entrega al arte se ha cumplido como un acto de inmólación, tal cual lo apeteciera afanosamente la sinrazón de esta generación de estetas. Acosado por sombras y fantasmas, el medio siglo que le queda por vivir —morirá recién el 13 de agosto de 1963, a los ochenta y ocho años de edad— habrá de ser el purgatorio de un psicópata incurable, desconectado para siempre del mundo y los seres que le rodean.

El hombre, la obra y la leyenda serán siempre los tres aspectos indisociables de Roberto de las Carreras. Por ahora, sólo ha sido desarrollada exhaustivamente la leyenda. Los críticos de la literatura nacional han quedado detenidos —deslumbrados— en ella. Y la obra publicada entre 1892 y 1914 está allí, esperando ser leída. De las Carreras tiene derecho a que sus compatriotas lo lean; y sus compatriotas tienen derecho a leerlo. Entiendo que es imperioso acometer esta tarea, postergada hasta el presente por tantas generaciones de críticos y comentaristas, para que por encima del personaje fabuloso de la leyenda pueda emerger el escritor que el lector corriente sólo conoce en forma parcial y fragmentaria. Es imperioso encarar una lectura atenta del escritor olvidado, repasar al adolescente Kostai y al brillante poeta joven constructor de alejandrinos, al ardoroso poeta erótico de *La Venus Terrena* y al asceta de la trilogía mística de los años 8 y 9, al deslumbrante libelista de las ideas utópicas y de las polémicas del 900 y al lírico espiritual y recóndito de *En Onda Azul* y el *Suspiro a una Palmera*. Sólo así el Caballero de las Carreras podrá volver victorioso con su adarga.

CRONOLOGIA BIBLIOGRAFICA

- 1892 — Poesía
 1894 — Al Lector
 1895 — [Colección de Poesías] [Selección y notas de Víctor Arreguine].
 1900 — Sueño de Oriente
 1902 — Amor Libre
 1903 — Interview Político.
 1904 — Parisianas.
 ¿1904? — La Tragedia del Prado. La Crisis del Matrimonio. El Amor Libre. Oración Pagana.
 1905 — Salmo a Venus Cavalieri.
 — En Onda Azul...
 — Yo no Soy Culpable... (Para una Ebria Cabellera...)
 1906 — Diadema Fúnebre.
 1907 — Don Juan (Balmaceda)
 1908 — La Visión del Arcángel
 1909 — La Venus Celeste [Contiene: La Venus Celeste y La Venus Terrena].
 ¿1909? — El Cáliz.
 ¿1912? — Suspiro a una Palmera
 1944 — Epístolas, Psalmos y Poemas [Selección y prólogo de Ovidio Fernández Ríos].
 1967 — Salmo a Venus Cavalieri y Otras Prosas [Selección y prólogo de Angel Rama].
 1971 — [Antología de los Poetas Modernistas Menores]. [Selección, prólogo y notas de Arturo Sergio Visca].

BIBLIOGRAFIA

- BLIXEN Samuel, *Roberto de las Carreras* (reproducido en *Epístolas, Psalmos y Poemas*, Montevideo, 1944).
- BOLLO Sarah, *Literatura uruguaya*, Montevideo, 1976.
- FERNANDEZ RIOS Ovidio, *Perfil de Roberto de las Carreras* (Prólogo a *Epístolas, Psalmos y Poemas*, Montevideo, 1944).
- GOLDARACENA Ricardo, *El Libro de los Linajes*, tomos I y II, Montevideo, 1976/1978.
- IBÁÑEZ, Roberto, *Americanismo y Modernismo* (en Cuadernos Americanos, Nº 37, México, 1948).
La Torre de los Panoramas (en *Marcha*, 3 y 10-III-1967).
Rostros del 900 - Roberto de las Carreras (en *Marcha*, 23-XI-1973).
- LERENA ACEVEDO DE BLIXEN Josefina, *Novecientos*, Montevideo, 1967.
- MINELLI GONZALEZ Pablo, *Los poetas del 900* (en *Revista Nacional*, Nº 188, Montevideo, 1956).
- ORIBE Emilio, *Roberto de las Carreras y el verso alejandrino* (en *Revista Hiperión*, Nº 8, Montevideo, 1936).
- PICON OLAONDO Juan, *Roberto de las Carreras cumplió 80 años* (en *Suplemento de La Mañana*, 24-IV-1955).
- RAMA Angel, Prólogo a *Psalmo a Venus Cavallieri y otras prosas*, Montevideo, 1967.
- REAL DE AZUA Carlos, *Ambiente espiritual del 900* (en *Revista Número*, Año 2, Nos. 6, 7 y 8, Montevideo, 1950).
- RODRIGUEZ MONEGAL Emir, *Sexo y poesía en el 900 uruguayo*, Montevideo, 1969.
- RUSSELL Dora Isella, *Roberto de las Carreras, iniciador del simbolismo en el Uruguay* (en *Cuadernos Hispanoamericanos*, Nº 218, Madrid, 1968).
- VAZ FERREIRA Carlos, *Ideas y observaciones*, Montevideo, 1905.

- VAZ FERREIRA Sara, *Homenaje a Carlos Vaz Ferreira*,
Montevideo, 1964.
- VISCA Arturo Sergio, Prólogo a la *Antología de Poetas
Modernistas Menores*, Montevideo, 1971.
Reportaje a A. Zum Felde (en *El País*, 1-IX-1963).
Un defensor del amor libre (en *El País*, 23-II-1969).
Vida literaria: una visión del 900 (en *Cuadernos de
Marcha*, Nº 22, Montevideo, 1969).
Sobre Roberto de las Carreras (en *Revista de la Biblio-
teca Nacional*, Nº 7, 1973).
- ZUM FELDE Alberto, *Crítica de la literatura uruguaya*,
Montevideo, 1921.
Proceso intelectual del Uruguay, Montevideo, 1930.
Mitología del 900 (en *El País*, 14-VI-1964).

INDICE

Proemio	5
Roberto de las Carreras, Poeta	11
I. — El Caballero de las Carreras	13
II. — En el principio fue la poesía	20
III. — El introductor del modernismo	30
IV. — La profecía del amor libre	38
V. — Por los caminos de Venus	45
VI. — La divina Cavalieri	55
VII. — El ascetismo y su borrador erótico	62
VIII. — Un suspiro y medio siglo de silencio	70
Cronología bibliográfica	75
Bibliografía	77

OBRAS DEL AUTOR

El Libro de los Linajes (tomo 1º), Editorial Arca, Montevideo, 1976.

El Libro de los Linajes (tomo 2º), Editorial Arca, Montevideo, 1978.

Juan Manuel Blanes, Editorial Arca, Montevideo, 1978.

En prensa:

El Libro de los Linajes (tomo 3º).

En preparación:

Apellidos vascos en el Uruguay.

Antología de Roberto de las Carreras (con la colaboración de la Dra. Electra de las Carreras de Goldaracena).

Impreso en octubre de 1979, en IMCO.
Imprenta Cooperativa, Gaboto 1918, Montevideo

Edición amparada al art. 79 de la Ley 13.349
Comisión del Papel

Depósito legal 143.070/79

Una producción literaria hasta ahora
prácticamente inexplorada,
existe más allá del halo de leyenda que rodea
a Roberto de las Carreras, figura
insoslayable de las letras uruguayas del 900.
A partir del análisis de esa
producción, dejando de lado mitos, anécdotas
y fantasías, y en el entendido
de que lo más importante del legado de un
escritor es precisamente
su obra literaria, este ensayo revela la
otra imagen, acaso la más
auténtica de Roberto de las Carreras:
su imagen de poeta.



EDICIONES DEL EX-LIBRIS

GOLDARACENA DE LAS CARRERAS